



LA NATURALEZA INHUMANA

Sergio Marras Vega

En tiempos en que los viejos temas del ser se han minimizado en la conciencia colectiva y el aburrimiento, la muerte, la desafección, el sentido o el absurdo se han soterrado -alejándose del proyecto del discurso público-, la gente común, sin embargo, los vive álgidamente aunque sin saber identificarlos plenamente en sus penas cotidianas, las que achaca más bien a cosas dispersas como a la falta de plata, a la incertidumbre en el trabajo o en el amor, o a que su equipo de fútbol perdió. Todo ello está relacionado, por supuesto, pero hay otros elementos que no todos alcanzan a distinguir y que tienen que ver con el negarse a mirar de frente los abismos que conlleva ser titular de la naturaleza humana con el mal y el bien en su interior como dos caras de lo mismo.

Emilio Miguel Cioran fue uno de éstos que se preocupó todo el tiempo de las coordenadas internas de la existencia, de lo que se podría llamar las vísceras del espíritu. En su visión de la existencia encontramos la bondad y la maldad como parte de una sola entidad.

“Mi misión es matar al tiempo, la suya matarme a mí. Se está perfectamente a gusto entre asesinos”, escribió Cioran con grandes letras de molde.

Al final el tiempo le dobló la mano y lo mató a los 84 años. En la forma del mal de Alzheimer, la muerte por locura le fue regalada a quien había afirmado, sin asco, que la muerte era la conclusión de una locura.

Hacia unos meses que había dejado su buhardilla cercana al Odeón para recluirse en un hospital público. “La vejez, en definitiva, no es más que el castigo por haber vivido”, era también un aforismo que él ya había escrito. Murió fiel a aquello de que “la muerte es lo más sólido que hasta hoy ha inventado la vida”.

Cioran dijo cosas que podrían ser consideradas deshumanas, inhumanas y que no pudieron ser más humanas.

Nada edificante, podría decir un militante de los nuevos tiempos o algún intérprete de algún tipo de religiosidad distorsionada. A eso no queda otra cosa que decir que Cioran fue un buen abogado del diablo de la vida contemporánea, que obligó a fuerza de lucidez y de ironía a pararse de otra manera frente a las bellezas de la modernidad. Y nunca aceptó el mito del bien y del mal como cosas encontradas.

Nació en Rasinari, en Transilvania, Rumania, el 8 de abril de 1911, al igual que otro gran abogado del diablo, el conde Dracúl, más conocido como Drácula. Y, a pesar de lo que podría deducirse de sus escritos como *La tentación de existir* o *El inconveniente de haber nacido*, tuvo una infancia feliz. Su morbosidad de jugar fútbol con calaveras desenterradas de los cementerios, comenzó sólo en su adolescencia cuando el desencanto ya no lo dejó dormir por semanas.

Entre nosotros hay muchos que se dedicaron a cosas parecidas de manera permanente y los seguimos llamando humanos.

¿Existen agentes de deshumanización en la sociedad contemporánea?

Pienso, al igual que Cioran, que somos demasiado humanos: por lo tanto buenos y malos al mismo tiempo. Fíjense lo que ha pasado en estos días en que uno de nuestros hijos más “inhumanos” ha querido ser salvado por razones “humanitarias”, por los mismos sobre los cuales él ejerció su “inhumanidad”. Es la paradoja de la que habla Cioran ¿cuál de ambos en este caso sería el agente deshumanizador o humanizador: la víctima o el victimario? Pareciera ser que ambos las dos cosas.

Porque ¿qué es humanizar? y ¿qué no? Humanizar según la definición común es lo propio de lo humano. Y de la mayoría de las cosas propias de lo humano... ¡sálvese quién pueda!

Por ejemplo, creo que en no muchos años más veremos esta sociedad actual, regida por la economía, como hoy vemos la prehistoria regida por la obligación de cazar, recolectar, y comer.

Para los tipos del Tercer Milenio seremos quizás tema de película de ciencia-ficción, tipo ‘Conan, el bárbaro’, y en vez de aparecer dando palos o comiendo con la mano apareceremos acumulando, pagando o recibiendo salarios, usando tarjetas de crédito con la mano economicista rigiendo las relaciones sociales, culturales y hasta sexuales.

Quizás no tengamos más remedio que trabajar con la realidad cotidiana con fines de bien común, controlando las ganas locas de hacer el mal común que es tan propio de nuestra naturaleza.

Vale la pena, por ejemplo, reflexionar sobre algo que dijo Cioran en uno de sus últimos escritos: “Siervo, aquel pueblo levantó catedrales; emancipado horrores solamente”. Tenemos que aprender a usar la libertad, a ser buenos cuando corresponde y malos cuando no tengamos alternativa.